

¿Es legítimo tomarse la justicia por la mano?
Los hermanos Hammer revolucionan la novela
policíaca escandinava con una nueva serie.

LOTTE HAMMER
Y SØREN HAMMER

EL LADO OSCURO



rocaeditorial • criminal





El lado oscuro

Lotte Hammer y Søren Hammer

Traducción de Rodrigo Crespo



Rocaeditorial





Título original: *Svinehund*
© Lotte Hammer Jakobsen & Søren Hammer Jakobsen
& Gyldendalske Boghandel, Nordisk Forlag A/S, Copenhagen 2010.
Published by agreement with the Gyldendal Group Agency.

Primera edición: febrero de 2011

© de la traducción: Rodrigo Crespo
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso y encuadernado por Rodesa
Villatuerta (Navarra)

ISBN: 978-84-9918-220-9
Depósito legal: Na. 16-2011

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.





Prólogo

Después de arrojar los últimos trozos de leña, el hombre se enderezó, apretó los puños contra los riñones y se dobló un par de veces hacia atrás para mitigar un sorprendente dolor en la espalda. Estaba acostumbrado al trabajo físico, por lo que el esfuerzo de un par de horas que había empleado en llenar la fosa preparada en aquel campo no era demasiado, y frente a lo que había llevado a cabo en el transcurso del día, unos ligeros dolores musculares carecían de importancia. Simplemente, le extrañaban.

Un poco molesto, tomó el último bidón de queroseno y derramó el contenido sobre la madera, cuya capa superior estaba al nivel del terreno. Alrededor de quince metros cúbicos de madera de haya bien seca, con algo de olmo, castaño y abedul, más un ciruelo joven, con la corteza rojiza en el lado que miraba al mediodía, y verde en el de la umbría, tal y como observó con mirada experta. Además treinta y un sacos de carbón, una cantidad de la que había tomado buena nota antes de comenzar y que, después, había ido contando saco a saco a medida que los llevaba hasta el lugar, para que el trabajo se hiciera menos monótono. Miró el reloj y se dio cuenta de que la esfera estaba cubierta de sangre coagulada y que no se podían ver las manecillas. Igual que la última vez. Enfadado, se lo quitó y lo lanzó a la pira; escrutó el cielo, que comenzaba a oscurecerse. Por al oeste la cubierta de nubes bajas se iluminaba con el reflejo rojo oscuro del sol poniente, y el lago que se extendía bajo los campos aparecía gris y difuminado. La tormenta se aproximaba.





LOTTE HAMMER Y SØREN HAMMER

De la mochila sacó un traje nuevo y una bolsa de plástico con toallitas húmedas. Desnudó su nervudo torso y, a pesar de notar enseguida el frío, mientras se lavaba metódicamente sintió la agradable sensación de la tela sobre su piel. Fue especialmente meticuloso con la cabeza y las manos, donde el polvo del carbón había dejado marcas que podían llamar la atención, lo que le hizo pensar en que debería haber traído un espejo. Sonrió fríamente al crepúsculo. No solía preocuparse por el reflejo de su imagen, pero hoy era especial. Quizá justamente hoy, en este rastroy de Selandia dejado de la mano de Dios, podía contemplarse con cierto orgullo, incluso puede que hasta librarse de su estúpido apodo. Todos le llamaban «Trepador». Sólo unos pocos conocían su verdadero nombre, el nombre de aquella época en la que aún alguien se preocupaba por él y en la que él se preocupaba por alguien. Hasta que... dejó de ser así.

El recuerdo de su infancia no quedó impune: el dolor de los riñones se extendió hasta las nalgas y siguió bajando por la parte posterior del muslo como un penoso escozor. Lo ignoró y se concentró en cambiarse de ropa; dejó la vieja sobre los troncos. Cuando terminó, sintió rugir en su interior la dulzura de la venganza. Excepto por un único imprevisto, que no le había revelado a nadie para así poder resolverlo más adelante, había desempeñado su papel punto por punto. Ahora era el turno de los demás del grupo.

Sacó un encendedor, se agachó y prendió fuego. El queroseno ardió de inmediato y las llamas se alzaron hacia él, por lo que, asustado, retrocedió un paso. Durante un instante se calentó junto a la hoguera, pero rápidamente lo dominó un profundo malestar ante el fuego.

Un relámpago rasgó el crepúsculo. El hombre se volvió tranquilamente y contempló el cielo; la tormenta había llegado antes de lo esperado. Desde el barranco que se extendía a su izquierda, donde el bosque descendía hacia el lago, se aproximaban dos negras nubes de tormenta, como si la tierra se hubiese abierto y desatado las oscuras fuerzas del averno. Un nuevo relámpago estalló mientras la tercera nube negra se enroscaba entre la barranca. Después vino la lluvia. Grandes y violentas gotas, miles de afiladas saetas que rebotaban en el





EL LADO OSCURO

campo y levantaban la tierra por encima de las duras cañas. Poderosas, purificadoras, justas.

Durante un instante contempló la hoguera con preocupación, pero el agua era incapaz de apagar el fuego; únicamente mantenía las llamas bajo control. Luego se dio la vuelta y con paso decidido se encaminó hacia el bosque sin volver la vista atrás. Pronto fue engullido por la oscuridad.







1

El lunes por la mañana la niebla había caído sobre la tierra en blancas y esponjosas ondas. Los dos niños apenas podían ver a un metro de distancia mientras cruzaban el patio del colegio. Tenían que ir sondeando su memoria, y pronto comenzaron a avanzar tanteando, con más precaución. El niño, con la cartera en los brazos, se retrasó unos pasos respecto de la niña, y de repente se detuvo.

11

—No te vayas.

También la niña se paró. La niebla se espesó en su pelo y tuvo que secarse las gotas de la frente, mientras aguardaba pacientemente a su hermanito, que pugnaba por colocarse la cartera a la espalda. Había hablado en turco, cosa que raramente hacía, y casi nunca con ella; ahora trasteaba con las correas y ella se aproximó, pero sin ayudarlo. Cuando por fin terminó, su hermana lo tomó de la mano; miró alrededor sin ver nada más que niebla y oscuridad.

—Mira lo que has hecho —dijo.

—¿Qué he hecho?

Apretó su mano con más fuerza y habló en voz baja.

—Da lo mismo. No lo entenderías.

Elegió una dirección al azar y anduvo a ciegas un par de pasos antes de volver a detenerse. El niño se pegó a ella.

—¿Estamos perdidos?

—Idiota.

—En casa había luz.

—Dentro de poco también la habrá aquí.





LOTTE HAMMER Y SØREN HAMMER

—¿Qué quiere decir «perdidos»?

Ella no le contestó e intentó convencerse a sí misma de que no había nada que temer, de que el patio del colegio no era muy grande y de que sólo tenían que seguir avanzando.

—No debemos ir con extraños. Pase lo que pase, no debemos ir con extraños. ¿A que no?

El llanto le palpitaba en la voz, mientras su hermana tiraba de él en una serie de pasos inseguros, hasta que de pronto, a un lado, percibió un débil brillo y se dirigió hacia allí.

Cuando llegaron a la entrada principal, el niño le soltó la mano y se apresuró a entrar en el edificio, sin acordarse de que un momento antes había estado a punto de llorar.

Poco después se encontraban en el pasillo delante del gimnasio; la chica se sentó en un banco a leer y su hermano llegó corriendo con una pelota en los brazos.

—¿Jugamos al fútbol? Lo haces muy bien.

—¿Has colgado la ropa? ¿Has dejado la cartera en su sitio?

Él, con ojos muy abiertos, asintió convencido, como si fuera la credibilidad en persona.

—Ya estás yendo a hacerlo.

El niño desapareció sin una queja, pero regresó poco después y repitió su propuesta sobre el fútbol.

—Antes tengo que acabar de leer una cosa. Empieza sin mí; luego iré.

Él miró con escepticismo el libro. Se trataba de un volumen bastante grueso.

—¿Cuándo vas a venir?

—Cuando haya terminado el capítulo. Ahora vete a jugar solo. Enseguida acabo.

El niño entró en el gimnasio. Al poco rato, ella oyó el ruido de la pelota y continuó con su lectura, cerrando de vez en cuando los ojos para imaginarse que era un personaje más de la historia.

Su hermano la interrumpió.

—No tengo sitio para jugar —le gritó desde el interior del gimnasio.

—¿Por qué?

—Porque hay unos hombres colgados.

—Pues juega a su alrededor.





EL LADO OSCURO

De pronto apareció ante ella sin que lo hubiera oído llegar.

—No me gustan esos hombres.

Ella olfateó el aire un par de veces.

—¿Te has tirado un pedo?

—No, pero no me gustan los hombres muertos. Tienen heridas.

La niña se levantó enfadada y se dirigió a la puerta del gimnasio con su hermano pegado a la espalda.

Había cinco personas colgadas del techo, cada una de una cuerda. Estaban desnudas y vueltas hacia ella.

—¿No te parecen asquerosos?

—Mucho —respondió la niña cerrando la puerta.

Luego rodeó con el brazo a su hermano.

—¿Ya no podemos jugar al fútbol?

—No, no podemos jugar al fútbol. Tenemos que buscar a una persona mayor.





2

El inspector jefe Konrad Simonsen disfrutaba de sus vacaciones. Estaba sentado en una habitación con mirador que tenía la casa de verano en la planta superior. Encendió el cuarto cigarrillo de la mañana y saboreó un café, también el cuarto, mientras sin pensar en nada contemplaba, a través de los enormes ventanales de la habitación, un par de estratos que cruzaban el cielo.

14

La joven que entró en la habitación tras acabar con el *footing* de la mañana se había quitado las zapatillas y los calcetines, por lo que no sintió sus pasos, y se sorprendió al oírla hablar. Además estaba acostumbrado a estar solo.

—¡Uf, papá! Al menos podrías ventilar un poco.

El humo del cigarrillo flotaba pesadamente. La chica abrió de par en par las puertas de la terraza para permitir que una recia brisa marina entrase en la habitación, cosa que hizo revolotear sus rizos rubios. Finalmente, decidió que ya había conseguido ahuyentar el mal olor y cerró las puertas. Luego se dejó caer en el sillón por encima de él, sin preocuparse de que se pudiese arrugar el periódico que sobresalía de la cintura de sus pantalones de *jogging*.

—Buenos días, ¿has llegado hasta Blokhuis? Una buena carrera, ¿eh? —dijo el hombre.

—Días lo que se dice días..., ya es casi mediodía, dormilón. Sí, he estado en Blokhuis, y tampoco está tan lejos.

—¿Eso es para mí? —dijo el hombre, que señaló el periódico.

Su hija contestó con ironía:

—Y gracias, dulce hija, por prepararme el café.

—Y muchas gracias, dulce Anna Mia, por haberme preparado el café.

Ella sacó el periódico, pero se quedó observando el cenicero. Su mirada de reproche le anunció lo que pasaría a continuación. Con un gesto de queja en las manos señaló el ventanal y apareció su dialecto de Bornholm.

—Cuatro cigarrillos antes del desayuno.

—Bueno, estoy de vacaciones y se sale de lo habitual.

Podía haberse ahorrado la mentira.

—Fumas demasiado, bebes bastante y comes mal; además, llamarte obeso pronto será un acto de cortesía.

—Casi no fumo en el trabajo y por la tarde lo hago con moderación, así que en mis vacaciones me puedo desmelenar lo que me apetezca.

—Vale, si pasamos por alto el hecho de que mientes, suena muy razonable.

No sabía qué decir. Miró de reojo hacia el periódico, que de pronto quedaba muy lejos.

—Papá, sabes que me debes quince años, ¿no? —dijo la chica con un tono serio.

La cifra le removió la conciencia: la conocida sensación de ser un padre pésimo despertó de su letargo. Había estado dormitando durante los últimos tres años, desde una feliz tarde de mayo en la que ella apareció de repente en su puerta y le explicó que iba a estar una semana en Copenhague y que era más práctico y barato quedarse con él. Lo dijo como lo más natural del mundo. Así invadió su apartamento y su vida..., una chica desconocida de dieciséis años, dulce, alegre, llena de vida: su hija.

No había mucho más que hacer que protegerse tras el escudo y confiar en la misericordia, pero las palabras apropiadas no aparecieron. Pedir perdón le parecía absurdo y hacer propósito de enmienda y de vida sana era mucho más fácil de decir que de hacer. Por otra parte, era reacio por naturaleza a involucrar a otros en sus sentimientos. Intentó unas cuantas medias promesas, hasta que de pronto ella abandonó la seriedad y cambió de tema:



LOTTE HAMMER Y SØREN HAMMER

—Ya hablaremos de esto en otra ocasión, papá. ¿Y qué? ¿Ya te vas acostumbrando a este lugar? Menuda casa de lujo que tiene aquí montada Nathalie.

Aquél también era un tema conflictivo, aunque mucho menos personal, y de no haber sabido que no era así, habría sospechado de ella por haberlo retomado deliberadamente, justo en ese momento, cuando él estaba a la defensiva. Pero ella no era de ese tipo de gente; él era el único que consideraba las conversaciones como juegos de estrategia, con ganadores y perdedores. Era una mala costumbre que, con demasiada tranquilidad, despachaba como un gaje del oficio, después de años y años de interrogatorios. Intentó no dejarse provocar.

—Sí, es elegante.

—¿Por qué estabas tan enojado cuando llegamos hace dos días?

—Porque la Condesa es mi subordinada, y porque todo fue un poco exagerado.

—Pero sabías perfectamente que era suya.

16

—Sí, mi delicada niña, pero Dios sabe que no tenía ni idea del nivel. Esta cabaña de lujo haría aparecer el signo del euro en los ojillos del agente inmobiliario más pintado, y que la alquilemos por calderilla no es ético y, probablemente, es ilegal.

—Los frigoríficos están llenos de suficiente comida para todo un invierno nuclear.

—No vamos a estar todo un invierno nuclear, sólo catorce días, pero no tienes obligación de comer. No te va a hacer ningún daño ir gastando algo de los depósitos.

—Sin comida, sin bebida, sin cigarrillos, ¿qué será lo siguiente?

Ella lo ignoró y continuó, burlona:

—¿Sabías que los baldosines de las terrazas son azulejos italianos pintados a mano y que el mármol de la entrada se llama Ølandsbrud?

—¿Cómo lo sabes?

—Por Nathalie, naturalmente.

Nadie más llamaba Nathalie a la Condesa, y sonaba raro. Nathalie von Rosen era su nombre de nacimiento y no tenía nada de malo, pero todos la conocían como la Condesa, incluida ella misma.



—¿Habías estado aquí antes?

—Pues sí.

—Esto se pone cada vez peor.

—Y probablemente vas a pensar que empeora aún más cuando sepas que he traído un regalo para ti.

—¿Un regalo? ¿De quién?

—De Nathalie, pero pensé que sería mejor guardarlo un par de días. —La expresión de asombro del inspector no era fingida—. Ay, papá, a veces eres condenadamente enrevesado. No es muy difícil de entender, y si me preguntas, te diré que ella está tan superentusiasmada contigo que con que pusieras un poco de tu parte y perdieras unos quince o veinte kilos, te consideraría ser un buen partido.

El suelo de pino de Pomerania teñido de blanco crujió levemente bajo los ágiles y desnudos pies de Anna Mia; la chica ya estaba lejos antes de que él llegara a hacer ningún comentario sobre esa absurda idea.

El regalo de la Condesa era brillante. Anna Mia, como un loro en su percha, descansaba en el reposabrazos del sillón mascando cada segundo mientras él lo desenvolvía. *Mein system*, de Aron Nimzowitsch, la edición original de 1925, con dedicatoria del propio maestro: un auténtico tesoro que, por un momento, lo llevó casi al éxtasis. Su hija aprovechó para leer por encima de su hombro.

—¿Qué quiere decir con «Gracias por la ayuda»?

Él giró la tarjeta; demasiado tarde.

—¿Es que no te han enseñado modales? No se deben leer las cartas de otra persona.

—Pues yo lo hago. ¿En qué la has ayudado?

—¡No es cosa tuya!

Estuvieron en silencio durante un rato; ella sobre el respaldo, él en el sillón.

—Dime, ¿tenéis mucha relación?

—¿Quién? ¿Nathalie y yo?

Su esbozada indiferencia pretendía herir.

—Sí, claro.

—No es cosa tuya.

Y no dijo nada más.

Al poco se mostró más comunicativa:



LOTTE HAMMER Y SØREN HAMMER

—No conozco a Nathalie especialmente bien, y no andamos por ahí a tus espaldas. En todo caso no demasiado, y si ya había estado aquí antes, es por pura casualidad. Nos encontramos por azar en Skagen este verano y me invitó a comer. De todas formas sé cuándo la has ayudado: fue con su divorcio, ¿no es cierto?

Él dudó.

—Tuvimos algunas charlas.

Le acarició con ternura, desde la coronilla hasta la nuca.

—Creo que te has ganado tu libro, papá. Así que hazme el favor de no hablar del precio por una vez en la vida. A Nathalie nunca se le ocurriría exigir nada por sus regalos, ella no es así, y lo sabes perfectamente.

—No, no es eso. Es una cuestión de principios.

—Quizá tengas los principios equivocados.

Anna Mia se levantó y se acercó a una ventana, mientras él hojeaba el libro cuidadosamente, casi con devoción.

—Voy a darme un baño; mientras tanto, ve pensando en lo que vamos a hacer hoy.

—Sí, sí, está bien.

Lo tuvo que llamar un par de veces para que se levantara y se acercase hasta donde ella estaba; el hombre ni siquiera notó que el tono había vuelto a cambiar. Estaba muy lejos de allí, en una partida de ajedrez.

—¿Tienes el móvil conectado?

—No. Acordamos que dejaríamos fuera al resto del mundo, ¿no te acuerdas? ¿Por qué lo preguntas?

Se levantó echando un último vistazo a sus piezas en el tablero y miró por la ventana recorriendo el horizonte con la mirada. El quebrado paisaje de dunas se plegaba irregularmente a sus pies: las colinas azotadas por los vientos, de un color claro y brillante allí donde el sol lucía, de un gris oscuro casi negro, en las partes en sombra; un área invadida por las rosas rugosas, otra retenida por las plantas de elimo. A lo lejos se podía ver el mar del Norte con blancas y brillantes crestas y en lo alto una bandada de gansos que volaban hacia el sur a lo largo de la costa. De repente sintió que el brazo de Anna Mia lo rodeaba y que su cabeza se apoyaba en su hombro. Un torpe sentimiento de vergüenza lo paralizó, como si la juventud de





EL LADO OSCURO

su hija fuese tabú; permaneció de pie y tras una eternidad de segundos ella le dijo:

—Vienen a recogerte, papá.

Sólo entonces lo vio. Un despreciable cuerpo extraño que se arrastraba lentamente por el sinuoso camino entre las dunas: un coche de policía.



20 **A**penas cuatro horas después, Konrad Simonsen se encontraba en la escuela Langebæk, en Bagsværd, y contemplaba la lluvia que caía triste, monótonamente. En los arbustos de detrás del patio había un guía canino con su perro, dirigiendo al animal con señales y gritos y llamándolo de vez en cuando para darle una palmada y premiarle con algún elogio. Una joven con una bolsa de plástico doblada como un pañuelo improvisado se unió al guía. Durante unos instantes Konrad estuvo observando los gestos del policía, hasta que una ráfaga de viento y agua barrió el cristal y le impidió ver. Volvió la mirada hacia el pasillo. El amarillo de las paredes alternaba entre el desconchado y el sucio; el suelo de linóleo estaba agujereado y semejaba una carrera de obstáculos; aquí y allá colgaban diversas creaciones artísticas más o menos afortunadas, entre ellas una de alambre de acero enrollado y latas de cola muy polvorientas.

Agitó los brazos, desesperado.

—Maldita sea, Condesa.

Las palabras iban destinadas a la mujer que a su espalda hablaba por teléfono. Más que con ira, las pronunció para señalar lo absurdo que le parecía haber sido remitido como un paquete exprés y conducido a toda velocidad a través del país, simplemente para contemplar un triste día de octubre, sin saber casi nada de la investigación que se suponía que tenía que dirigir. Por no saber, ni siquiera sabía a qué dependencia del colegio dirigirse.

La mujer respondió a sus exclamaciones tapando el teléfono con la mano.

—Hola, Simon. Siento lo de tus vacaciones, pero al menos disfrutasteis de unos días. Espero que Anna Mia no se lo haya tomado demasiado mal. Arne te informará dentro de un momento.

Sonrió y continuó con su conversación antes de que él alcanzara a responder. Konrad pensó que tenía una bonita dentadura y le devolvió la sonrisa sin darse cuenta. Luego se relajó y miró otra vez por la ventana, donde el espectáculo era igual de desalentador. La conversación de la Condesa seguía y seguía, lo que tomó como una desagradable señal de que el Departamento estaría en condiciones de continuar sin su actual jefe de Homicidios, cuando llegase ese día.

O tal vez no. Sin prestar mucha atención, Konrad Simonson seguía la conversación de la Condesa, que supuso que era con uno de los técnicos, y de pronto se le ocurrió que algo no iba bien. Un tono de voz ligeramente exaltado y las preguntas, cuyo nivel de detalle no concordaban con el momento, la delataron. Cuando repitió casi literalmente una pregunta que ya había planteado antes, la tomó del brazo que sostenía el teléfono y con cuidado le hizo bajarlo. Ella se interrumpió sin colgar.

—¿Cuánto hace que no comes nada?

—No estoy muy segura; puede que haga bastante. ¿Qué hora es?

Él conocía bien esa sensación y sabía que era pasajera. Todos los investigadores, tarde o temprano, se topan con casos que se les meten en el cuerpo y que se tornan complicados de manejar: imágenes desagradables que se acomodan en la cabeza y no se pueden olvidar. Aquél era uno de esos casos. Para él lo más complicado surgía cuando las víctimas eran niños, pero eso era algo que le ocurría a la mayoría de los policías. Aún no había estado en el gimnasio. Dejó a un lado sus pensamientos y se concentró en el presente.

—Ve al centro a comer algo. Y vuelve dentro de una hora.

—No tengo hambre.

—Es una orden, Condesa. Y apaga el teléfono.

Ella asintió como si comprendiera, aunque su mirada dela-



LOTTE HAMMER Y SØREN HAMMER

taba lo contrario. Solía ser la viva imagen del equilibrio; ella, que nunca se dejaba arrastrar cuando los demás se perdían. Se volvió y la pálida luz del día iluminó su rostro de forma diferente. Konrad Simonsen pudo observar que su tez iba tomando el tono de su pelo ceniciento.

—Es feo, Simon. Creo que nunca he visto nada parecido.

—No, seguro que ninguno de nosotros ha visto algo así.

—Arne y yo miramos desde la puerta y..., ¡puf!, era asqueroso.

—Vale, lo hicisteis, ahora vete, tengo otras cosas que hacer que andar mimándote.

Acompañó sus observaciones con una sonrisa para quitarle hierro a sus palabras. La mujer pareció no hacerle caso y se quedó de pie. Él contempló la posibilidad de abrazarla, o quizá de ponerle simplemente la mano en el hombro. Pero no lo hizo; no se le daban bien esas cosas.

—Me repondré enseguida —dijo ella.

—Estoy seguro. Hasta luego.

La Condesa se marchó.

22



El gabinete pedagógico se había convertido en un improvisado cuartel general. Había dos estanterías, cuyo contenido se había trasladado al alféizar de la ventana, y ahora estaban vacías; sobre la mesa del centro había un paquete de folios y una caja con lapiceros. Una pizarra blanca cubría el encerado verde del despacho, allí las aclaraciones se podían anotar mejor con un rotulador que con la tiza, y en la pared del fondo colgaba un tablón con un plano de la escuela. Lo habían colocado de prisa y había quedado torcido.

Konrad Simonsen estudiaba el plano con la cabeza ligeramente inclinada, mientras Arne Pedersen aprovechaba la ocasión para secar su asiento. Sus pantalones ya tenían dos manchas y no deseaba empeorar las cosas.

—¿Cómo fue el vuelo?

—Desagradable.

—¿Y qué pasa con la casa? ¿Podrás recuperar el dinero?

—No lo creo.

Las sillas, que habían conocido días mejores, crujieron pe-



ligrosamente cuando los dos hombres se sentaron. Konrad Simonsen apoyó los codos sobre la mesa y preguntó, lacónico:

—¿Cómo te encuentras?

A Arne Pedersen le sorprendió la pregunta, lo cual era buena señal.

—Mejor, pero al principio no ha sido agradable. Vomité un par de veces, cosa que no me había pasado desde hacía años. Bueno, en realidad creo que... ni una ni dos veces.

—Pero ¿ya estás bien?

—Además, cuando son niños..., bueno, ya sabes.

—Arne, responde a mi pregunta. ¿Ya estás bien?

Arne Pedersen lo miró a los ojos.

—Sí, ya estoy bien.

—Estupendo, entonces cuéntame la secuencia de los hechos, los recursos y la situación actual.

El arranque fue más abrupto e imperativo de lo que le habría gustado, pero el enfado por el tiempo de espera todavía lo dominaba y quería disponer ya de un informe de los acontecimientos, sin más trámites. Arne Pedersen revisó punto por punto, con claridad y precisión. Comenzó por la madre turca que había dejado a sus dos hijos hacia las seis y cuarto junto a la parada de las bicis situada a la derecha de la entrada de la escuela:

—Es el primer día que la escuela está abierta, después de las vacaciones de otoño. Los niños fueron a sus respectivas aulas y colgaron sus abrigos. Después se encontraron junto al gimnasio en el pasillo B para jugar al fútbol. En el gimnasio descubrieron los cinco cadáveres. La hermana buscó a un adulto, pero como no encontró a nadie llamó a emergencias desde el teléfono de la sala de profesores. La pasaron con la policía de Gladsaxe. La llamada fue registrada a las 6.41. El oficial de guardia..., un momento.

Vaciló un instante mientras pensaba. Konrad Simonsen dijo:

—El nombre da lo mismo; pero dime, ¿esos dos niños no llegaron demasiado pronto? Creía que las clases comenzaban a las ocho.

—Y así es, a mí también me extrañó, así que le pregunté al director. Resulta que en el colegio hay un puñado de niños que llegan mucho antes de que comiencen las clases. En todos los



LOTTE HAMMER Y SØREN HAMMER

colegios tienen este problema. Para algunos de los padres se trata simplemente de ahorrarse el dinero de las actividades extraescolares municipales; para otros, la presión del día a día...

—Vale, vale, sigue.

—Bueno..., ¿dónde estaba? Así que el oficial de guardia le dice a la niña que espere hasta que llegue algún profesor; mientras tanto, ella llama al trabajo de su madre en Gentofte. A la madre no la encuentran en ese momento, pero el dueño (un libanés residente aquí y que conoce de vista a la niña) decide ir a buscar a la cría. Poco antes de las siete está en el colegio. Del gimnasio se lleva a ocho niños que han ido llegando mientras tanto. También él llama a la policía de Gladsaxe. A las 7.38 llegan los agentes en un coche patrulla...

—¡A las 7.38! —le interrumpió Simonsen bruscamente.

Arne Pedersen evitó su mirada, fijándose en el nudo de la corbata, un gesto que su jefe ya conocía bien.

—Suelta el nombre y me cuentas lo que ha pasado.

Era inútil seguir ocultándolo: el nombre del oficial de guardia apareció sobre la mesa. Junto con la explicación:

—Consideró que la llamada podía esperar... porque «era evidente que eran dos moros los que habían llamado». Sí, me temo que es literal.

Konrad Simonsen estaba realmente sorprendido.

—¿Por qué proteges a un animal así? ¿Lo conoces?

Arne Pedersen había sido dotado por la naturaleza de un aspecto juvenil. A pesar de sus cuarenta años parecía un jovencito grandullón, cuyo rostro se había puesto totalmente colorado, a juego con su pelo.

—Fuimos juntos a la Academia de Policía. Tenemos una peña de quinielas.

Konrad Simonsen frunció el ceño y cerró los ojos, pero evitó preguntar más. Arne Pedersen era un hábil investigador, tan creativo como eficaz, y las cartas decían que al cabo de unos años podría convertirse en el siguiente jefe del departamento, pero su debilidad por el juego era bien conocida y había más y más historias. Un día de éstos deberían tener una charla, pero hoy no, y si Arne Pedersen le debía dinero a ese idiota no lo iba a averiguar.



—Déjalo. Continúa.

—Los agentes pidieron refuerzos, acordonaron la escuela y se envió a los niños a casa. Se reunió al personal en la sala de profesores y, naturalmente, nos llamaron. Yo llegué sobre las nueve y mandé avisarte, después de lo cual informé al director general de la policía y recluté a Troulsen, Pauline y la Condesa. Luego puse en marcha toda la maquinaria e informé a todo bicho viviente: investigadores, técnicos, forense, patrulla canina..., sí, incluso Elvang está aquí.

—¿Para qué los perros? ¿Qué andamos buscando?

—Diez manos. Entre otras cosas.

—Maldita sea, qué asco.

—Sí, maldita sea, qué asco.

—¿Estuviste dentro del gimnasio?

—No, me quedé en la puerta. Es decir, dos veces: la primera, como te he dicho, me puse malo. Andan por ahí con trajes espaciales; parece una película de ciencia ficción, y a pesar de que apenas respiré allí dentro, me soltaron una larga charla sobre la contaminación del lugar de los hechos. Adivina quién. Aquello es una histeria total.

—Al jefe del Departamento de la Policía Científica se le paga por ponerse histérico con estas cosas. ¿Y qué pasa con Elvang?

—Sí, ¿qué pasa con él? Naturalmente también tuvo que esperar. Bueno, aparte de que...

—¿Aparte de qué?

—Me llamó «dandi», pero eso no tiene nada que ver.

—No, aparte de que evidentemente sigue estando lúcido.

—Tú riéte, que dentro de poco te tocará a ti. Te espera cuando hayamos acabado aquí; seguro que ya han abierto el gimnasio. Pero a propósito de Elvang, ya sé por qué no está jubilado. La nueva pareja de mi hermano trabaja en el Ministerio de Educación, que también gestiona el Hospital Central. Debe de ser verdad, no son rumores sin fundamento, ¿quieres saber por qué?

Konrad Simonsen comprobó con satisfacción que sus subordinados andaban sobrados de algo más que de hechos puros y duros; respondió con una sonrisa:

—Con mucho gusto, cuando tengamos tiempo. ¿Cómo estamos de recursos?



LOTTE HAMMER Y SØREN HAMMER

—Aún no está totalmente aclarado, pero, para ser prudentes, pinta bien. Estamos a punto de convertirnos en un grupo especial. Cambian la organización.

—Eso suena horrible. ¿Quiénes son los que la cambian?

—No lo sé. Pero te digo una cosa, Simon, la primera hora aquello parecía un mercado de ganado como no había visto nunca. El ministro de Justicia llamó dos veces exigiendo que le informaran, minuto a minuto.

—¿El ministro de Justicia? ¿Y por qué diablos no sigue los canales establecidos?

—Ni idea. No se lo pregunté.

—Minuto a minuto. ¿Eso dijo?

—Pues sí, así lo dijo. Literalmente.

—Sorprendente.

—Y que lo digas. Además el secretario de Estado de Seguridad llamó un par de veces para recalcar que el ministro de Justicia debía ser informado, y la segunda vez amenazó con venir, pero la Condesa le convenció para que no lo hiciera. Volvió a llamar el director general de la Policía, pero eso es más normal. Al jefe de la Policía Municipal de Gladsaxe su alcalde le anda buscando las vueltas, así que también suele estar al teléfono. Además llamó el fiscal general del Estado, bien cabreado.

—¿El fiscal general? ¿Y cómo diablos encaja en todo esto?

—Sí, justamente eso es lo que me preguntó él. No quería tener nada que ver con la investigación. Creo que eso es lo que dijo. No es fácil entenderlo, pero no conseguí averiguar quién puñetas le puede haber involucrado. Y la Condesa también ha tenido lo suyo. Tanto el presidente como el vicepresidente de la Comisión de Justicia del Parlamento. Entre otras cosas.

—¡Que Dios nos pille confesados! Menudo lío.

—Desde luego... y aún hay más. Para rematar recibí una llamada de un subdirector de Presidencia de Gobierno, Helmer Hammer. Así se llama... Fue justo después de la segunda charla del ministro de Justicia, y poco a poco me había ido calentando con tanta interrupción. Además, en ese momento estaba bastante conmocionado, pero de eso no me he dado cuenta hasta ahora. En fin, que le dejé claro que salvo que nos dejaran trabajar en paz, no habría nada de lo que infor-



mar, aunque llamase la mismísima Reina. Después colgué, o lo que se haga ahora con esto de los móviles.

—Ejem, ¿crees que fue inteligente? ¿Qué pasó luego?

—Bueno, volvió a llamar.

—Buena jugada la tuya, ¿y ahora vas a dirigir el tráfico?

—No, en realidad es una persona muy razonable. No sabe nada del trabajo policial, algo que, para mi tranquilidad, explicó de primeras, pero prometió detener las interrupciones, y al parecer lo ha cumplido. En cualquier caso no ha habido ninguna llamada de superiores desde entonces.

Arne Pedersen parecía aliviado. Konrad Simonsen intentó reconducir la conversación sin resultar demasiado impaciente.

—Suena realmente bien, pero no nos aclara nada sobre nuestros recursos.

—Sí, sí que aclara. Porque también dijo que tú debías dirigir la investigación...

—Eso ya lo hago.

—Sí, sí. Déjame contártelo. Como decía, tú dirigirás la investigación y estarás en contacto sólo con él. Con nadie más.

—¿Y la cadena habitual de mando queda anulada?

—Así es, pero aún hay algo mejor. Puedes elegir a quien quieras para tu equipo y no tienes límite en los recursos, ni en hombres ni en presupuesto. Los problemas burocráticos que pueda haber los aclarará él, así puedes dedicarle todo tu tiempo a la investigación.

—Es un buen principio.

—Sí, parece un hombre capaz. Lo que sí destacó es que tu designación oficial aún no tiene carácter legal, pero que es una cuestión formal. Has de llamarlo cuando tengas tiempo. Aquí tengo su número. Así que, Simon, *summa summarum*, se puede decir que eres casi el dueño y señor.

—¿También dijo eso?

—No, ésa es mi conclusión.

—Bueno, no me gusta que se ignoren los sistemas habituales.

—Es preferible eso a que mangoneen a su antojo todo tipo de damas y caballeros encopetados.

—Tal vez, pero veremos. En estos momentos tenemos otras cosas en las que pensar.



LOTTE HAMMER Y SØREN HAMMER

En ese momento sonó el timbre, fuerte y penetrante. Nadie había pensado en desconectarlo cuando enviaron a los niños a casa. Konrad Simonsen dio un respingo y la silla crujió. Durante una fracción de segundo buscó dócilmente su pupitre. Arne Pedersen, cuya relación con la campana del colegio había sido menos problemática, esperó pacientemente hasta que cesó el sonido, tras lo cual finalizó su repaso.

—El reparto actual del trabajo es el siguiente: el grupo de Pauline rastrea los alrededores de la escuela y el vecindario; la Condesa se encarga de revisar las dependencias de la escuela; Troulsen dirige el interrogatorio del personal, y yo estoy libre, ahora que has llegado. Nuestros problemas más acuciantes son que desconocemos la identidad de los muertos y que el conserje ha desaparecido. Se llama Per Clausen y presuntamente abrió el colegio esta mañana, pero nadie lo ha visto. Puede que el alcohol lo haya dejado fuera de combate, cosa que sucede de vez en cuando. Por lo que respecta a la identificación de los cinco hombres, en estos momentos tengo a una decena de personas experimentadas intentando averiguar si se ha denunciado su desaparición en algún lugar. Por el momento no hay resultados.

Konrad Simonsen meditó durante unos instantes, luego se levantó y Arne Pedersen lo siguió.

—Tenemos reunión dentro de media hora, encárgate de avisar a los demás. Me encontraréis en el gimnasio, pero para empezar quiero reunirme sólo con Elvang. Dile a Troulsen que ni el último de los sustitutos puede abandonar el lugar sin mi permiso, y que Pauline entre, parece un animal ahogado. No sé realmente qué hace ahí fuera. ¿Estará ayudando a los perros?

—Pobrecilla, aún no tiene mucha experiencia.

—Y no va a obtenerla mojándose. Consíguele un chubasquero como Dios manda, seguro que la patrulla de voluntarios tiene alguno colgado por ahí. Y hay una cosa más: diez alumnos entraron en el gimnasio... ¿Habéis avisado a los psicólogos? Y los padres, ¿están informados?

—¡Vaya! No.

Arne Pedersen golpeó con el puño el marco de la puerta. Él mismo tenía dos niños.





EL LADO OSCURO

—Pues que se haga, pero antes llévame hasta donde está Elvang y por el camino me cuentas lo que tenías que decirme sobre él. Lo has hecho realmente bien, Arne. Estoy satisfecho.

Las alabanzas sonaban huecas. Como aprendidas en un curso de mandos.



30 El cementerio estaba desierto, sólo un hombre con paraguas recorría lentamente, casi absorto, las fosas; parecía sentir que no encajaba allí. A cada paso que daba, la grava emitía un crujido que resultaba extraño en la húmeda soledad de aquel lugar. Se detuvo junto a una sencilla tumba en un extremo del cementerio y abrió una silla plegable. Antes de sentarse colocó con cuidado un ramo sobre la lápida. La lluvia refrescó las flores como una última caricia de la naturaleza, y el hombre, llamado Erik Mørk, sonrió.

—Te he traído flores, padre, porque hoy es un día muy especial que llevaba mucho, mucho tiempo esperando. Quizá desde que era un niño, aunque por supuesto eso no tiene sentido. La radio acaba de informar de que han encontrado a los ajusticiados, y el resto del día va a ser, sin duda, muy agitado.

Guardó silencio mirando al suelo y pasó bastante tiempo antes de que continuara. Entonces sonrió, con una sonrisa que brotaba del corazón, algo novedoso. Le gustaba sentarse allí, en aquella amable paz, lejos del mundo, y matar los minutos de uno en uno, mientras le hablaba a la tumba de su padre sobre todo lo divino y lo humano. En su trabajo debía relacionarse con otras personas, pero su carácter era totalmente diferente, y quizás ahí residiera el secreto de su éxito profesional. Un éxito que a su vez le era indiferente y que cambiaría por cualquier cosa con tal de poder modificar su infancia.

—Casi me muero de la tensión, a pesar de que el sábado recibí una carta de Trepador con los vídeos del minibús y



del gimnasio, así que ya sabía de sobra lo que había pasado, pero...

El final de la frase se quedó para siempre en el aire. Saltó sin transición a otro asunto:

—Esta mañana he estado en la oficina, donde teníamos una reunión de seguimiento con un cliente. La campaña va viento en popa y todo el mundo se lanza alabanzas. Venden un montón de insulsa ropa de niña, podemos añadir un nuevo éxito a los anteriores, y ambas partes ganan una buena cantidad de dinero. Nadie mencionó a las ocho niñas que en estos momentos se ofrecen en todas las vallas publicitarias de la ciudad como si fueran bombones. Por Dios, si a duras penas llegan a la pubertad, y... sí, ya sé que es hipócrita porque soy responsable de una parte, pero me resultó difícil soportarlo y me tomé libre el resto del día.

La lluvia iba cesando. Cerró el paraguas, lo sacudió y lo dejó junto a la silla antes de continuar, solícito.

—Desde luego que ésa es una de las ventajas de tener tu propio negocio, es decir, que uno puede entrar y salir cuando quiera: hoy me he marchado sin saber muy bien por qué. Hemos realizado muchísimas campañas parecidas y ésta desde luego no es ni mucho menos la peor, así que quizá sea yo, que estoy especialmente sensible estos días.

El reloj de la torre del cementerio dio la hora. Se levantó, estiró las piernas y se puso en cuclillas junto a la tumba, de la que retiró un par de hojas mojadas pegadas en la lápida. Después pasó con delicadeza los dedos por la inscripción, un par de veces, adelante y atrás: «Arne Christian Mørk. 1934-1979». Siguió hablando con el muerto mientras retiraba meticulosamente de la tumba los brotes de malas hierbas que el jardinero no había limpiado.

—Ayer me despedí emocionado de Per, ya sabes, Per Clausen, el bedel del que te he hablado. Es un hombre estupendo y lo voy a echar de menos. Estuvimos comiendo y luego vimos las escenas de vídeo que yo había editado. Me elogió mucho, pero también es cierto que han mejorado. Especialmente una del minibús es excelente, una pequeña joya satánica que sería suficiente para sacudir a la opinión pública y endurecer el alma del país; puede que sea totalmente decisivo, habrá que





LOTTE HAMMER Y SØREN HAMMER

esperar y ver. Fue idea de Per la de ocultar cámaras encima de cada asiento. Fue un trabajo ímprobo, pero, bueno, se ha demostrado que valía la pena. También hablamos de todo lo divino y lo humano, no sólo de las próximas semanas, casi como si fuese una más de sus visitas dominicales. Es duro pensar que no volveré a verlo nunca más.

Un automóvil pasó por la carretera junto al cementerio; el desgarrado sonido de una radio rompió por un instante la paz de las fosas. Esperó hasta que se hizo el silencio.

—Cuando Per se despidió, dijo algo en lo que he estado pensando mucho: «Adiós, hombre de gomaespuma». Ésas fueron las últimas palabras que me dirigió: «hombre de gomaespuma». Pronunciado con esa media sonrisa suya tan característica. Se refería, naturalmente, a que cuando era niño comía gomaespuma porque pensaba que así podría absorber lo feo que había en mi interior. Casi había olvidado que se lo había contado. Cómo arrancaba a escondidas pedacitos de gomaespuma de todos los lugares imaginables: cojines y almohadones, pelotas del gimnasio, la badana de mi casco de montar, incluso llegué a desmenuzar las hombreras de mamá. Mientras estoy hablando puedo recordar el sabor, aunque la gente quizá piense que la gomaespuma no sabe a nada. Pero sí, sabe mal, muy mal, y sabe a culpabilidad.

Sacudió la cabeza para alejar sus pensamientos y añadió, pensativo:

—No es agradable de recordar, y..., bueno, quizá Per acertó de pleno. Al fin y al cabo, es probable que sea eso: un hombre de gomaespuma.





Arthur Elvang, profesor, doctor en Medicina, patólogo y forense judicial, era un hombre tosco. Konrad Simonsen se armó de paciencia, con la firme decisión de mantenerse centrado y no dejarse distraer por la afilada lengua del profesor. Se encontraron delante del gimnasio, donde Elvang estaba sentado, absorto en una revista, justo en el mismo lugar en el que lo había hecho más de siete horas atrás la niña turca, y estaba tan poco dispuesto como ella a dejar su lectura. Pasada lo que se le antojó una eternidad dejó de leer y recorrió a Konrad Simonsen con sus ojos críticos y pequeñitos que ocultaba detrás de unas gafas de culo de vaso, como si le tomase las medidas para un traje.

—Ya has reunido suficiente grasa para pasar el invierno, pequeñín. Siento lo de tus vacaciones. ¿Dónde estabas? ¿En una granja de engorde?

Extendió una mano ganchuda y Konrad Simonsen, que pensó que quería recalcar su insolencia palpándole el estómago, dio un paso atrás.

—No te enfades, dame la mano y ayúdame a levantarme. Konrad Simonsen lo ayudó con cuidado.

—No me enfado. Mi hija habla con frecuencia de mi volumen, así que en realidad estoy acostumbrado; pero ya va a hacer muchos años desde la última vez que alguien me llama «pequeñín». Eso acabó cuando Kasper Planck se jubiló.

Kasper Planck había sido jefe del Departamento de Homicidios antes de Konrad Simonsen.





LOTTE HAMMER Y SØREN HAMMER

—Sí, cómo pasa el tiempo. ¿Le has hablado a tu hija de tu diabetes?

Konrad Simonsen se quedó de piedra.

—¿Cómo diablos sabes...?

Se detuvo y consiguió dominarse. Los conocimientos de medicina del profesor eran legendarios; seguramente gracias a ellos lo había deducido. Una deducción que ahora él mismo había confirmado involuntariamente con su arrebato. Enseguida cambió de tema.

—¿Se puede entrar al gimnasio?

—Sí, los técnicos huyeron hace un cuarto de hora, pero no te acerques a la entrada posterior ni a los baños. He oído que tienes carta blanca en este caso. ¿Es cierto?

—Eso parece.

—Entonces deberías implicar a Planck, a menos que haya perdido la cabeza. Cuando trabajáis juntos sacáis lo mejor el uno del otro. Además es más inteligente que tú.

—No ha perdido la cabeza. ¿Entramos?

—Sí, qué Dios nos proteja. Perdona, pequeñín.

En el centro de la sala colgaban los cadáveres de cinco hombres desnudos, cada uno con una gruesa soga de nailon azul anudada alrededor del cuello. Las cuerdas estaban unidas a sólidos ganchos de columpio atornillados en el techo a unos siete metros de altura. Los pies se encontraban aproximadamente medio metro sobre el suelo, y los cuerpos estaban situados como a dos metros de distancia entre sí; los cuatro exteriores formaban un cuadrado cuyos lados corrían en paralelo a las paredes de la sala. A todos los cadáveres les faltaban las manos, pero sus antebrazos estaban intactos desde el codo hasta la muñeca. Los rostros estaban totalmente desfigurados y la mayoría de los rasgos humanos habían desaparecido, igual que los órganos sexuales de los cuerpos, que, o bien habían sido mutilados, o bien destrozados. La muerte y las heridas les otorgaban una semejanza especial, como si sus diferencias físicas hubieran desaparecido. Konrad Simonsen sabía que cuando hubiese observado a los muertos un poco más sus características individuales irían apareciendo.

—¿Una motosierra?

Arthur Elvang asintió. Era una de sus ventajas. No temía





dar a conocer sus evaluaciones inmediatas, a diferencia de la mayoría de los patólogos que Konrad Simonsen conocía, que rara vez se atrevían ni siquiera a asegurar el sexo de un cadáver sin haberle practicado previamente un TAC. Y los médicos generalistas eran aún peores.

—¿Mientras estaban vivos?

—No.

La respuesta lo alivió, todo aquello ya era lo suficientemente horrible, aunque para su propia sorpresa no reaccionó físicamente al ver los cuerpos. Quizá porque ya se había ventilado, quizá porque había tenido tiempo para prepararse para la visión, quizá porque estaba psíquicamente embotado y ya había visto más de lo que era recomendable. ¿Quién podía saber cuál era la respuesta correcta? Y además, ¿a quién le interesaba saberlo? En todo caso a él no. Siguió caminando lentamente en torno a los hombres.

Teniendo en cuenta que cada uno de ellos tuvo que sangrar profusamente, no había mucha sangre. Bajo cada cadáver había una pequeña mancha coagulada del diámetro de una pelota de tenis. Los cuellos, la parte superior de los torsos y los muslos también estaban ensangrentados, y además podían verse manchas de sangre en sus cabellos. Por lo demás no había rastro de sangre, pero se apreciaba claramente su olor dulzón, que se mezclaba con la impresión más poderosa de las heces y los fluidos corporales. La temperatura y tres ventanas abiertas permitían que el hedor fuese soportable. Los cuerpos hinchados y amarillentos le hicieron pensar en las hileras de cerdos colgados en las cintas del matadero, una asociación irrespetuosa que, a su pesar, no pudo quitarse de la cabeza.

Se concentró en las cabezas de los hombres, moviéndose sin prisa entre los cuerpos y examinándolos uno por uno. Los cortes eran muy diferentes de una persona a otra. A tres de ellos les habían recortado todo el rostro; la sierra había dejado cortes paralelos al torso, desde la coronilla hasta la mandíbula, dejando al descubierto el cerebro, el hueso nasal y la cavidad bucal. A los otros les habían serrado en todas las direcciones, con el corte en perpendicular a la cara. Dos habían conservado la lengua y uno parte de los dientes. Otro más tenía un ojo prácticamente intacto.





LOTTE HAMMER Y SØREN HAMMER

La misma negligencia se hacía patente en las heridas de los órganos genitales: a dos hombres les habían amputado tanto el pene como los testículos; a otros dos sólo el pene. En uno de ellos el tajo era tan profundo que la vejiga se le había salido y colgaba por encima de la ingle, mientras que al miembro del cadáver vecino sólo le faltaba el glande. El hombre del centro había vaciado sus intestinos, entre los glúteos, y heces negras secas descendían por sus muslos; un puñado de moscardones ya habían hallado el camino. Por el contrario, los cortes en las muñecas eran limpios y precisos. Konrad Simonsen pudo ver la médula de los dos huesos del antebrazo, e involuntariamente pensó que uno se llamaba «cúbito», y el otro, «radio». Pero no pudo recordar cuál era el grande y cuál el más pequeño.

Comenzó de nuevo y dio una vuelta más, buscando ahora rasgos especiales. Un primer examen le indicó que los hombres tenían entre cuarenta y cincuenta años. Uno tenía un aro de oro en la oreja izquierda y un águila descolorida en el hombro derecho, y dos tenían cicatrices de operaciones de apéndice o hernia. Uno era calvo y tenía la piel de un moreno artificial, probablemente de rayos UVA. El cadáver de la esquina posterior izquierda tenía las uñas de los pies sin cortar, infectadas por hongos; parecían cortezas de cerdo. En el conducto auditivo derecho tenía un diente con un empaste de oro.

Examinó las sogas, que estaban colgadas con precisión matemática en paralelo a las paredes del gimnasio; siguiendo la diagonal con un ojo cerrado no podía ver la que estaba detrás. Esto ocurría en todas las direcciones. Alguien se había tomado muchas molestias para atornillar los ganchos en el techo.

Konrad Simonsen dio por concluido su examen y se dirigió a Arthur Elvang, que había mostrado escaso interés por los cuerpos y que ahora parecía aburrirse mortalmente.

—¿Cuál es tu primera impresión?

El profesor no dudó.

—Los colgaron aquí, no los han movido. El miércoles o el jueves, y probablemente son daneses. Pero no me preguntes cómo los colgaron o por qué no hay sangre por todas partes.

—¿Cuándo tendrás algún dato seguro sobre la fecha?

El anciano suspiró, ya no era ningún chaval y la idea del trabajo que le esperaba por la tarde no le agradaba.





—Tendré que buscar refuerzos. A precio de horas extra que tú pagarás.

—Desde luego. Avisa a todos los que necesites.

—Llámame después de medianoche.

—Descuida, lo haré.

Sólo le faltaba una pregunta. Se trataba de algo delicado. Además, quedaba en sentido estricto fuera del ámbito profesional del profesor, pero, teniendo en cuenta la vasta experiencia y la eminente capacidad de aquel hombre, no era injustificado preguntarlo.

—¿Terrorismo?

Pasó un poco de tiempo antes de que Arthur Elvang captara el significado, y entonces estalló. Sacudió las manos junto a la cabeza como un adolescente histérico y salmodió con sorna:

—¡Oh, oh, oh, qué vienen los troles! Y si no vienen de la selva, puede que vengan del mar.

Konrad Simonsen ignoró su curioso comportamiento y dijo fríamente:

—Once de septiembre, Bali, Beslan, Madrid, Londres. ¿También era paranoia, señor profesor?

Se miraron fijamente antes de que el anciano abriera las manos dándose por vencido.

—Si lo que te estás imaginando son combatientes haciendo la guerra santa con cimitarras y sueños de califato, no me parece que sea algo que apunte en esa dirección. Pero tampoco sé muy bien qué podría ser. Tu pregunta no es demasiado brillante.

—Puede ser, pero es algo que me van a preguntar el resto del día.

Arthur Elvang no respondió. Miró una vez más los cadáveres y sacudió suavemente la cabeza. Con su coronilla con manchas de lentigo, su fino cabello revuelto y su pecho hundido recordaba un polluelo de ave. Luego dijo:

—Estuve en Ruanda en 1995.

—Creía que no volabas.

—Sólo por el genocidio. Durante cuatro meses estuve, literalmente, yendo de una fosa común a la siguiente. Había tal número de asesinados que es imposible describirlo, y descubrí





LOTTE HAMMER Y SØREN HAMMER

excesos y humillaciones que no podrías imaginar ni en tus peores pesadillas. Era indescriptiblemente horrible, pero eso no fue lo peor, lo peor estaba por llegar: cuando regresé a casa, descubrí que no le interesaba a nadie. Simplemente las víctimas tenían el color equivocado para vender noticias, y hablar de la catástrofe era casi de mal gusto, así que pido disculpas si tengo un punto de vista un tanto cínico respecto al término «terrorismo».

Konrad Simonsen se sintió vacío.

—No sé qué decir.

—Tampoco se puede decir mucho. Olvídalo, todos lo hacen. Pero, dime, ¿cómo sabes que no me entusiasma volar?

—Lo he oído.

—¿No será por esa leyenda de que el sector hotelero ha movido los hilos y ha conseguido prolongar mi vida profesional, porque mi miedo a volar genera conferencias internacionales en Copenhague?

Konrad Simonsen notó un débil calor en las mejillas.

—Algo parecido.

La puerta del extremo del gimnasio se abrió. Arne Pedersen, la Condesa y Pauline Berg entraron, poco después los siguió Poul Troulsen.

—Tú estás tonto, crees que el país va a alimentar a un jefe de Homicidios que cree en esta clase de sandeces. Es espantoso. Avergüénzate y busca un cubo.

—¿Para qué quieres un cubo?

—Parece que tu nueva pipiola aún no ha aprendido a controlar sus reacciones físicas.

La advertencia llegó demasiado tarde. Segundos después, Pauline Berg se doblaba y vomitaba sobre el suelo, sin llegar a utilizar la bolsa de plástico que para tal efecto llevaba en las manos. Arne Pedersen se miró los zapatos salpicados y sacó un pañuelo; era de seda blanca natural y le había costado caro. Apenas había llegado a levantar un pie cuando la Condesa le arrancó el pañuelo y se lo alcanzó a Pauline Berg, que, agradecida, miró a Arne Pedersen antes de volver a vomitar.



Los cuerpos ya no estaban en el gimnasio y todas las ventanas se encontraban abiertas, pero a pesar de ello cuando Pauline Berg entró por la puerta le pareció que el olor era repulsivo; probablemente se trataba de una impresión, en todo caso controlable. Sentado en el suelo, en el centro de la habitación, Konrad Simonsen observaba el techo. Recordaba a un monje en una pagoda; a ella le resultó difícil adivinar lo que hacía.

—Arne me ha dicho que querías hablar conmigo.

Se dio cuenta de que su voz sonaba como la de una estudiante insegura antes de pasar un examen. Normalmente tenía buena mano para los hombres, que con frecuencia la encontraban tan guapa como inteligente, pero su jefe era la excepción que confirmaba la regla, y aparte de recriminarle de vez en cuando su forma de vestir con su mirada puritana, tenía la impresión de que prácticamente la ignoraba, en el plano personal. Respondiendo a un gesto de la mano se sentó a su lado.

—¿Llegaste a ver a los muertos?

—Sí, el bueno del anciano doctor me los enseñó después. He olvidado cómo se llama, pero mientras mirábamos me fue explicando y resultó menos desagradable.

—El bueno del anciano doctor se llama Arthur Elvang, y todos hemos experimentado algún tipo de malestar. Desde luego no eres la única que ha vomitado hoy, pero con el tiempo uno se va templando; no sé si es bueno o si es una mierda.